

D'ANDREA, Bruno Nicolás: ***En el único Cristo somos uno. Espiritualidad agustiniana en el corazón de la vida***, Paulinas, Madrid 2025, 294 pp. ISBN: 978-84-19-40856-3.

El primer año de pontificado del papa León XIV ha devuelto al horizonte eclesial la figura de Agustín, peregrino del corazón, testigo de una interioridad habitada. En un tiempo fragmentado por las polaridades, en el que a la vez se reactivan las búsquedas por el sentido, la voz de Agustín vuelve a hacerse cercana y motivadora. No como memoria de lo que fue fraguado en un tiempo, sino como experiencia viva que sigue revisitando la intemperie que habitamos. También él conoció la inquietud, el deseo desordenado y, sobre todo, la búsqueda tenaz de una verdad que no se deja poseer. Quizá por eso continúan resultando tan actuales sus propuestas.

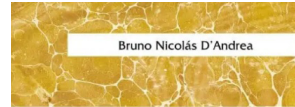
En ese contexto, la propuesta de Bruno Nicolás D'Andrea se ofrece como una invitación a detenernos, a descender, a escuchar el murmullo del corazón y los clamores de la historia, porque no estamos ante un libro pensado únicamente para comprender una espiritualidad, sino ante una mediación que permite dejarnos alcanzar por ella.

En el único Cristo somos uno, lema adoptado por León al inicio de su pontificado (*In illo uno unum*) atraviesa la obra como un hilo silencioso que la sostiene desde dentro. D'Andrea, conocedor profundo de la tradición agustiniana y hermano en ese mismo camino, heredero de esta forma de mirar, nos conduce con claridad y hondura a descubrir que la unidad que anhelamos no se construye desde fuera, sino que brota en lo más hondo, allí donde Dios ya habita.

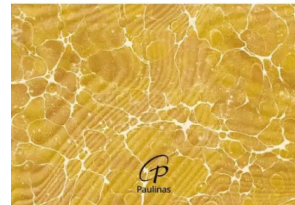
Su escritura busca situarse al lado del lector. Hay en ella una discreción fecunda: acompaña más que explica, porque lo que está en juego no es únicamente una articulación teológica, que el autor lleva a cabo con precisión, sino una experiencia que toca la vida y la atraviesa.

En medio de un mundo en el que la diversidad cultural, social, y religiosa, convive con la dificultad de sostenerla sin convertirla en fractura, el libro recuerda que la comunión no se impone. El autor se pregunta: "¿En qué sentido podemos *compartir las diferencias* entre quienes hacemos un camino juntos siendo distintos en tantos aspectos?" (p. 208). El camino que propone no es uniformar la diversidad, sino descubrir ese lugar donde ya estamos esencialmente unidos. Ese lugar no es otro que la interioridad, entendida no como repliegue defensivo, sino como espacio de verdad.

La tradición agustiniana, tal como aquí se despliega, invita a descender. No para huir, sino para encontrar. En ese retorno, la interioridad se revela como camino de unifica-



«En el único Cristo somos uno»
Espiritualidad agustiniana
en el corazón de la vida



ción. Entrar dentro no significa aislarse, sino ensancharse; dejar que la vida se pueble de rostros y de vínculos que nos constituyen.

D'Andrea lo expresa con claridad: la experiencia interior, cuando es verdadera, se abre inevitablemente a los otros. No se repliega, sino que desborda, no aísla: genera comunión. Como un río silencioso, la vida interior encuentra su verdad cuando desemboca en el mar de la fraternidad. De ahí que la vivencia de la comunidad ocupe un lugar decisivo en la propuesta del libro. No una comunidad idealizada, sino concreta, atravesada por límites, tensiones y aprendizajes que se convierte en el lugar de verificación de la vida espiritual. D'Andrea recoge seis valores en clave agustiniana necesarios en las idas y venidas de toda vida en común: *la generosidad, la responsabilidad, el buen humor, la veracidad, tolerancia y paciencia, la comprensión.*

En el centro de todo aparece el amor, como núcleo que unifica la existencia. La referencia al *ordo amoris* agustiniano atraviesa el texto con naturalidad. El ser humano no se define tanto por lo que hace como por aquello que ama. Y cuando el amor se desordena, también se desordena la vida entera. Muchos de los conflictos que atravesamos, personales, sociales, eclesiales, nacen de ese desajuste del corazón. Cuando el yo ocupa el centro que no le corresponde, cuando vivimos auto-centrados, cuando el otro deja de ser prójimo para convertirse en amenaza, el tejido de lo humano se resquebraja.

El libro, del que cabe destacar su rica e internacional bibliografía, contiene, además, la capacidad de descender a la vida concreta. En ese contexto, la inquietud agustiniana deja de percibirse como un problema para revelarse como una posibilidad. El deseo humano, incluso herido o confundido, conserva una dirección profunda. También el ritmo del texto acompaña este itinerario. Todo parece dispuesto para respetar el tiempo interior del lector. Es un libro que puede leerse de forma continua, pero que invita también a detenerse en cada capítulo indistintamente y dejarlo reposar. De sus páginas emerge una espiritualidad encarnada, profundamente humana, capaz de dialogar con las heridas y las búsquedas de nuestro tiempo. No propone huir del mundo, sino habitarlo de otra manera, con una mirada reconciliada y una mayor hondura; siguiendo la guía de Agustín que nos invita a aprender a vencer los miedos con la ayuda de los amigos (p. 147).

En una cultura marcada por el individualismo, la ansiedad y la fragilidad de los vínculos, la propuesta agustiniana que D'Andrea actualiza adquiere una fuerza particular. Volver al corazón, aprender la comunión —en la difícil y apasionante tarea de vivir juntos en las diferencias— y dejarnos conducir *alegres y humildes* por la verdad y la hospitalidad del amor, como caminos concretos de humanización.

En el único Cristo somos uno es un libro que acompaña con sabiduría, que invita a reconciliar los fragmentos dispersos de la propia existencia y a reconocer el valor de una vida compartida, y nos deja entrever que quizá el camino no consista tanto en alcanzar algo que nos falta, cuanto en dejarnos encontrar por Aquél que ya habita discretamente en *el corazón de la vida.*

Mariola LÓPEZ VILLANUEVA

mdlopez@uloyola.es

Facultad de Teología. Universidad Loyola Andalucía